

UNIVERSIDAD DEL VALLE - INSTITUTO DE PSICOLOGIA  
GRUPO PRÁCTICAS CULTURALES Y DESARROLLO HUMANO

## **Una perspectiva transcultural sobre las relaciones parentales<sup>1</sup>**

**Robert A. LeVine**

Una consideración inteligente sobre la manera "efectiva de ser padres" en nuestra propia sociedad requiere la comprensión de la diversidad cultural de las metas, valores y comportamiento parental entre las sociedades humanas pasadas y presentes. La parentalidad<sup>2</sup> es un aspecto del comportamiento humano a la vez universal y altamente variable. En todas las sociedades humanas, así como en las poblaciones infrahumanas, los adultos sexualmente maduros protegen, nutren y educan a los jóvenes, pero entre los humanos los patrones de crianza no son uniformes. En los últimos cuarenta años, los antropólogos han mostrado, con una evidencia cada vez más convincente, que los entornos de la infancia y la niñez temprana son moldeados por los valores culturales. Estos valores varían ampliamente entre los grupos étnicos y se establecen firmemente en las preferencias personales y regulaciones internas de los individuos, quienes buscan reestablecerlos en la siguiente generación. Algunos de los mejores estudios en esta área han sido realizados por Caudill, quien comparó la clase media estadounidense y japonesa (Caudill y Plath, 1966; Caudill y Weinstein, 1969) y por Whiting et al. (1966), quienes compararon los Zuni, los Tejanos y los Mormones en Nuevo México. A partir de estos estudios está claro que los padres de diferentes contextos culturales definen la situación universal de crianza de los niños de manera diferente y tratan de organizar las vidas de sus hijos de acuerdo con esto desde el nacimiento en adelante. En este capítulo yo trato de identificar e ilustrar tanto los aspectos universales como los culturalmente variables del ejercicio parental y retomo esa perspectiva transcultural para referirme al tema de la efectividad parental en la sociedad estadounidense contemporánea.

---

<sup>1</sup> Tomado de M. Fantini y R. Cárdenas (Edits) **Parenting in a Multicultural Society**, Nueva York: Longman, 1980 (p.17-26). Traducido por *María Cristina Tenorio*

<sup>2</sup> Creamos este neologismo, derivado del latín *parentalis* ( de donde proviene 'parental') para dar cuenta de las dos funciones parentales reunidas: maternidad y paternidad, evocadas en los términos ingleses *parenthood* y *parenting*. (Nota de la traductora)

A los padres/madres humanos en todas partes del mundo se los ve compartir un conjunto común de metas en su papel parental:

1. La supervivencia física y salud del niño, incluyendo (implícitamente) el desarrollo normal de su capacidad reproductora durante la pubertad.
2. Desarrollar en el niño la capacidad de comportamientos que le permitan auto-sostenerse económicamente en su madurez.
3. El desarrollo de las capacidades de comportamiento del niño para maximizar otros valores culturales - por ejemplo: moralidad, prestigio, riqueza, piedad religiosa, logro intelectual, satisfacción personal, auto-realización - tal como son formulados y simbólicamente elaborados en normas, creencias e ideologías culturalmente diferenciadas.

Si uno preguntara, ¿"Qué quieren los padres del mundo para sus hijos?" las respuestas de todas las sociedades humanas incluirían estas categorías y se agotarían en ellas. Existe una jerarquía natural entre estas metas, porque la supervivencia física del niño es un requisito de las otras dos y el auto-sostenimiento económico usualmente es un pre-requisito para la realización de otros valores culturales. Así, si la supervivencia física del niño está amenazada, es probable que se convierta en la preocupación mayor de los padres, y si su futuro auto-sostenimiento económico se considera en peligro, es probable que asuma una gran prioridad entre las metas parentales. Existe también una secuencia natural de desarrollo respecto al conjunto de metas parentales, en cuanto la supervivencia física y la salud son normalmente una preocupación primordial en los primeros años de vida del niño, mientras que las otras toman importancia luego de que las metas de supervivencia están aseguradas y que sus capacidades para el aprendizaje se muestran más llamativas.

Los padres no encaran los problemas para alcanzar estas metas enteramente por sí solos. Cada cultura contiene una fórmula adaptativa para la parentalidad, un conjunto de costumbres que han evolucionado en respuesta a los azares más prominentes en el entorno localmente experimentado por los padres que amenaza el logro de esas metas. Así, en áreas donde la incidencia de la enfermedad o los peligros causan altas tasas de mortalidad infantil, los patrones acostumbrados del cuidado infantil no solamente estarán organizados en torno a metas de salud o supervivencia, sino que además prescribirán la evitación de azares locales específicos, tal como están conceptualizados en el sistema folclórico de creencias ; en áreas de

subsistencia precaria, la fórmula cultural para los padres estará diseñada en torno a la prioridad de volver al niño capaz de autosostenerse durante la adultez, particularmente luego de que su supervivencia física esté asegurada. Los padres, en cuanto miembros que conforman su sociedad, pueden actuar en concordancia con la fórmula acostumbrada, sin tener que hacer su propio encuentro con los azares o diseñar sus propias soluciones adaptativas. Es solamente durante las migraciones o el cambio social rápido, cuando el entorno de la crianza del niño cambia radicalmente de una generación a la siguiente, cuando los padres son privados de esta comodidad, e incluso cuando muchos padres vuelven a ella, a pesar de la inadecuación de las adaptaciones tradicionales.

Las normas culturales de la parentalidad son mucho más que fórmulas de evitación del azar; también están diseñadas para maximizar las ideas culturales positivas en la siguiente generación, tal como se indica en el tercer conjunto de metas. Pero, para la mayoría de las sociedades, históricas y contemporáneas, las presiones de la enfermedad, el peligro físico (por ejemplo, del fuego de los fogones), y la incertidumbre económica han contribuido más fuertemente al diseño de las costumbres relativas a la crianza que lo que uno podría concluir de la lectura de la literatura antropológica. (Ver LeVine 1974, para algunos ejemplos a este respecto.) En este contexto, las sociedades occidentales modernas, por lo general, especialmente los segmentos de clases media y alta, constituyen un caso especial en el cual los padres están inigualablemente libres de los peores azares de la mortalidad infantil y de los riesgos de subsistencia que han sido la condición humana durante milenios. Al comparar nuestra situación y niveles de vida con los de los africanos, estamos, de una manera limitada, examinando nuestro propio pasado. Esta comparación, no obstante, se propone básicamente para ilustrar cómo son de diversos los estándares humanos de comportamiento parental y para desarrollar un acercamiento culturalmente sofisticado con miras a la evaluación de la efectividad parental en en nuestras sociedades y en otras.

Tomo las sociedades del Africa trpical como respresentantes de un tipo de adaptación cultural antre las poblaciones no occidentales debido a que estoy más familiarizado con ellas; ellas conparten muchas costumbres realtivas a la crianza de los niños con pueblos del Pacífico, Latin América y Asia (como se anota más abajo). Al hacer la comparación con el Occidente, uso el concepto de estrategias de investimiento parental. Esto se refiere a la colocación que hacen los padres de sus valiosos recursos, incluyendo tiempo y afecto, en la

persecución de sus metas, tal como ellos las ven. Las metas perseguidas generalmente son compromisos entre lo que los padres quieren *para* sus hijos (los tres conjuntos de metas anotados arriba) y lo que quieren ellos *de* sus hijos (más tarde o más temprano); las estrategias representan vías culturalmente aceptadas hacia las metas de compromiso. Para las sociedades en ambos lados de la comparación, trataremos de indagar los resultados de sus estrategias de inversión, tratando de identificar costos tanto como beneficios.

Entre las poblaciones agrícolas de Africa tropical, la mortalidad infantil durante mucho tiempo ha sido alta y la subsistencia precaria, y en muchas áreas rurales estos duros hechos no han cambiado significativamente; la supervivencia física del niño y su futuro económico permanecen amenazados y deben ser metas destacadas del comportamiento parental. Al mismo tiempo, los padres/madres africanos esperan que su progenitura contribuya a la fuerza de trabajo familiar durante la infancia y que se conviertan en adultos filiales que sostendrán a sus padres mayores; estas metas también deben estar representadas en las prácticas de crianza. Según lo conciben los padres/madres africanos, la estrategia de inversión que mejor se adecúa a estas metas es la de maximizar la fertilidad, dándole a cada uno de los muchos hijos un atento cuidado durante la infancia, seguido de un entrenamiento en obediencia, responsabilidad y aprender a compartir, mucho de lo cual es delegado a los hermanos mayores. Maximizar la fertilidad incrementa la probabilidad de tener algunos niños que sobrevivirán la infancia para convertirse en trabajadores agrícolas en la tierra familiar y proveedores del apoyo requerido por sus padres en la vejez. Si muchos sobreviven, más brazos y más ayuda siempre podrán ser útiles en la extensa parentela si no en la familia inmediata.

Sin embargo, en un contexto africano, maximizar la fertilidad no significa tener un hijo cada año, sino tan frecuentemente como sea consistente con la salud del niño, generalmente cada dos o tres años, permitiéndole así al niño ser alimentado al pecho durante 18 o 24 meses. Durante el período de lactancia la madre duerme con su bebé, lo alimenta a la demanda, se asegura de que sea cargado la mayor parte del tiempo (por ella misma o un niño/a niñera), y responde rápidamente a sus gritos (usualmente alimentándolo, a veces meciéndolo). Este patrón, que también es hallado en muchas áreas no tropicales de Africa con una alta mortalidad infantil, puede ser considerado como pediatría folclórica, un intento de reaccionar al factor que más frecuentemente precipita la muerte de los bebés, deshidratación por diarrea, mediante un monitoreo permanented del

malestar agudo y la administración rápida de líquido cuando el bebé llora. También puede ser visto como un intento por minimizar las exigencias del bebé a la madre durante el trabajo de esta en los campos o el mercado, pues el bebé manejado de esta manera es extremadamente tranquilo, de acuerdo con los estándares occidentales, y fácilmente sosegado si se lo carga, mece o alimenta. Así, la madre rural africana al perseguir la meta de un bebé tranquilo puede servir las necesidades de salud de éste lo mejor que ella puede, al tiempo que mantiene su atención primordial enfocada en su trabajo.

Una vez que el niño es destetado, la madre está lista para tener otro bebé y dedicar la misma atención al nuevo bebé. El bebé destetado, a menudo tan sosegado como caminador como fue de tranquilo cuando bebé, aprende la interdependencia al compartir el espacio para dormir, la comida, y el plato común con los otros niños; aprende obediencia realizando pequeños encargos a solicitud de sus mayores, y respeto saludando a los adultos apropiadamente. La acostumbrada meta parental para los niños una vez destetados es formulada por el término dialectal local para obediencia, un fenómeno encontrado en muchas sociedades agrícolas, en otros continentes así como en Africa. Tal como Harkness y Super (1977) lo encontraron entre los Kipsigis de Kenia, las madres moldean el comportamiento de sus niños pequeños para que tengan comprensión del habla sin que haya producción de habla por parte de ellos, es decir, los entrenan para que sigan las órdenes maternas más que para que conversen con la mamá. Un niño así entrenado pronto está listo para realizar útiles tareas en el hogar, en los campos y en el mercado. Los padres/madres consideran que exigir la obediencia a lo largo de la crianza prepara al niño para convertirse en un hijo o una hija filial, un miembro respetuoso de la comunidad local, y potencialmente un cliente o aprendiz voluntario para un patrón poderoso. Este énfasis se hace en una interacción juguetona, relajada y emocionalmente provechosa con otros niños de todas las edades y con abuelos y otros adultos de la parentela.

Los padres/madres rurales del Africa tropical consideran a los hijos como una inversión; esta no es de ninguna manera una perspectiva ajena a ellos. Esperan permanecer unidos a sus hijos en una relación a largo término de "reciprocidad seriada", en la cual los padres alimentan al hijo físicamente cuando este/a es pequeño/a , dándole alimento y cuidados médicos; en compensación, los hijos ayudan a sus padres a cultivar, a hacer los pagos del precio de la novia ( que la hija aporta al aceptar obedientemente casarse con un hombre provisto de medios), y en ser su soporte material durante su vejez. Ellos son conscientes de que tales expectativas no son cumplidas

uniformemente por los hijos ya adultos, y esta es una fuente de mucha preocupación, pero sólo sirve para reforzar su convicción de que deben tener más hijos para así tener más chance de criar algunos que resulten filiales, obedientes y agradecidos, como debe ser. El papel del padre/madre en su estrategia de inversión es el de ser proveedor de un entorno nutricional; el cuidado efectivo y entrenamiento de los niños a menudo es delegado a otros en la familia, especialmente los niños mayorcitos, por lo que cuando el bebé deja la infancia su cuidado podrá ser supervisado por sus padres (cercanamente por la madre, remotamente por el padre) pero su primordial interacción será con otros cuidadores y con sus iguales. Hay mucha variación individual en esto, pero el punto importante es que normativamente se espera que los padres/madres inviertan la mayor parte de su tiempo en el trabajo y en la interacción con otros adultos; no se espera que dediquen mucha atención interactiva a cada niño ya crecido, y nadie los criticará por no hacer eso mientras se asegure que el niño sea cuidado por alguien un poco mayor que él. En el mismo orden de ideas, aunque se espera que los padres/madres alimenten, alberguen y vistan a cada niño, no requieren darle un espacio separado para vivir o darle posesiones hasta su madurez. Así, los padres no se sienten incapaces de proveer el costo de tener otro hijo; ellos viven el bajo costo como largamente compensado por la ganancia potencial. Una vez que la madre ha pasado el riesgo del parto de un niño y la tarea de cargarlo durante su infancia, la mayor parte de la inversión parental, en términos de atención y recursos especiales, ya se ha realizado. (Allí donde la escolaridad y los costos de la escuela han sido introducidos, esto ha empezado a cambiar.)

Para resumir, los padres rurales en las sociedades agrícolas del África tropical persiguen una estrategia de inversión dirigida a metas que ligan el bienestar del niño al de los padres y la familia, tanto a corto como a largo plazo. Puesto que el bienestar económico de la familia, en cuanto equipo de producción agrícola, y el de los padres, en cuanto potencialmente dependientes en la vejez, son vistos como dependientes de tener tantos hijos como sea posible que lleguen a la edad adulta, resulta central para esta estrategia maximizar la fertilidad al tiempo que se minimiza la mortalidad infantil. Esto se concibe primordialmente en términos materiales, empezando con la inversión del hombre - a través del pago del "precio de la novia" - en la capacidad reproductiva de su esposa, y continuando con la inversión de esta en la nutrición del bebé y del niño pequeño. Una vez que marido y esposa están juntos, el costo de cada hijo adicional es visto como mínimo, al menos en comparación con los beneficios anticipados, y esto se refleja en la mínima inversión de recursos individuales en

cada hijo y en la expectativa de que los hijos mayores darán mayor atención a sus nuevos hijos, una vez pasen la primera infancia, que la que les darán los padres mismos. En la infancia, la meta de un bebé sosegado representa el esfuerzo de la madre para maximizar las posibilidades de supervivencia del mismo, al tiempo que minimiza el que este perturbe su trabajo rutinario. En la niñez, la meta de la obediencia representa la fórmula para maximizar el trabajo infantil en la tierra familiar, apoyo filial para los padres en sus años de vejez, y la capacidad del niño para adaptarse económicamente a un orden institucional que demanda subordinación. El éxito de esta estrategia de inversión en términos de costos y beneficios puede establecerse al compararla con la estrategia de los padres estadounidenses.

Es obvio que los estadounidenses tienen estrategias parentales diferentes. En Estados Unidos tenemos una baja tasa de mortalidad infantil, no existe el trabajo de los niños, y existen recursos burocráticamente organizados para el cuidado de los ancianos; en nuestra sociedad ampliamente urbana y suburbana, la familia es una unidad doméstica que comparte ingresos y consumo más que producción. Vemos a los niños como costos económicos sin ningún beneficio para el bienestar económico de los padres y la familia; los beneficios tienden a ser conceptualizados en términos de la comodidad emocional o la satisfacción moral que los padres pueden derivar de haber dedicado sus recursos personales a la crianza de una nueva generación y de mantener relaciones a largo plazo cuando él o ella estén solos. Los padres/madres generalmente niegan el tener alguna expectativa de compensación material o de otra retribución calculada de sus hijos, y los beneficios morales o emocionales que esperan consideran que los pueden obtener teniendo pocos hijos, a menudo uno solo, a veces uno de cada sexo. Con respecto a lo que los padres quieren *para* sus hijos, la supervivencia no es un problema fundamental y la mayoría de los padres se enfoca en que sus hijos obtengan una posición en la vida, que sea equivalente o superior a la de sus padres. Sostener o mejorar el estatus socio-económico es quizás la meta más común y lo suficientemente específica para que dé lugar a una evaluación racional de las estrategias de inversión dirigidas a ese fin. No obstante, los padres tienden a vivir esta meta como parte de una ideología cultural que requiere el desarrollo de rasgos de carácter tales como la independencia, la cual confiere ventajas tanto morales como prácticas. En la clase media estadounidense, promover rasgos de carácter suficientes para el éxito socio-económico y la autonomía moral es asumido como algo tan costoso en tiempo, esfuerzo y atención humanos como para requerir un papel maternante de tiempo completo en el cual las madres son reemplazables sólo mediante costosos

arreglos que simulen el cuidado personalizado que brindaría la madre misma. Esta concepción de la crianza virtualmente garantiza que las estrategias de inversión preferidas por los padres implicarán una inmensa inversión en cada uno de los pocos hijos que se tienen.

Un penetrante tema de la ideología estadounidense sobre la crianza de los hijos es la independencia, la cual puede ser considerada bajo tres aspectos: a) separación, b) auto-suficiencia, y c) auto-confianza. El énfasis en separación comienza con el nacimiento entre las personas de clase media, con la asignación de un cuarto separado para el neonato, al que se le exige dormir solo en su propia cama, alejado de las demás personas de la familia. Comparados con los africanos, los niños estadounidenses viven una distinción particularmente aguda entre situaciones en las cuales están solos y aquellas en las cuales están con otros - los niños pequeños africanos nunca están solos y a menudo están presentes como no participantes en situaciones dominadas por la interacción adulta, mientras el niño estadounidense a menudo debe permanecer en un confinamiento solitario, cuando no es el centro de la atención adulta. Esto crea (para los estadounidenses) una bifurcación entre extremos de aislamiento y excitación interpersonal, que es desconocida en Africa, y a la cual quizá subyacen algunas de las sorprendentes diferencias en el estilo interactivo entre personas de los dos continentes. El niño americano, a diferencia de su contraparte africano, tiene muchas posesiones marcadas como su pertenencia exclusiva; su número y variedad se incrementa a medida que crece, permitiéndole experimentar los límites de su sentido de sí mismo en desarrollo, representado en su entorno físico. Los padres estadounidenses, empiezan a enfatizar el compartir sólo después de que el niño se ha habituado a comer, dormir y ser consolado solo, en sus propios términos, y con los objetos de su propiedad - que él no acepta ceder ni entregar.

La auto-suficiencia está al principio estrechamente relacionada con la separación, pues el bebé que para dormir separado puede haber desarrollado mecanismos que incluyen llorar hasta quedarse dormido, aunque no sea sino ocasionalmente, adquiere una capacidad primitiva de autoconfortarse no requerida de los niños que siempre tienen el cuerpo de la madre disponible para este propósito. A medida que el bebé estadounidense se vuelve mayor, la autosuficiencia puede ser un ideal más que una realidad, pero se vuelve un ideal muy marcado. Es decir, el niño estadounidense puede no ser capaz de hacer más por sí mismo de lo que hace su contraparte africano - en términos prácticos, él puede que sólo sea capaz de hacer menos - pero las cosas que él sí hace reciben tanta alabanza y otras formas positivas de atención

parental que él empieza a considerarlas como una parte valiosa de sí mismo, una fuente de orgullo. Los padres africanos con quienes he trabajado generalmente creen que la alabanza es mala para los niños porque los vuelve presumidos y potencialmente desobedientes (Ver LeVine & LeVine, 1966, p.147), y los niños africanos adquieren una amplia gama de habilidades sin recibir (o esperar) alabanza por su logro. Como adultos, ellos consideran como algo evidente estas habilidades - incluso la capacidad de tejer un canasto fino o construir una casa fuerte - y no como un distintivo honorífico o un tipo de distinción envidiosa, a la manera como lo hacen los estadounidenses. Dentro de esta perspectiva, el niño estadounidense crece con un excesivo pero fuertemente motivador sentido de orgullo respecto a lo que él puede hacer por sí mismo; esto le da una permanente fuente de empeño para lograr una idealizada autosuficiencia en la cual no requiere de los demás, y la dependencia es una marca de fracaso.

Si la autosuficiencia representa un ideal para los padres/madres estadounidenses, la "autoconfianza" es el concepto folclórico estadounidense del proceso psicológico por medio del cual esta meta se logra. Este concepto ayuda a comprender la abundante alabanza y entusiasta atención que los padres/madres estadounidenses dan a sus hijos y niños pequeños; ellos creen que eso le da al niño confianza en su propia capacidad para manejar el mundo y dominar situaciones no familiares, una confianza que él necesitará en la medida en que se vuelva adulto. Un niño que no recibe tal atención de sus padres, es visto como empobrecido emocionalmente, propenso a volverse demasiado miedoso e inseguro para adaptarse exitosamente a los desafíos de la vida, o para adoptar una posición activa (tomar iniciativas) con respecto a sus oportunidades. Los estadounidenses continuamente están demostrándose el uno al otro que la autoconfianza es el factor clave en el éxito en el mundo e incluso en el contento interior, y ningún padre/madre quiere que su hijo crezca sin este tipo poderosa de auto-mirada.

El énfasis estadounidense en el individuo independiente es tan intenso que uno podría preguntarse qué estándares sostienen las relaciones sociales del niño. En contraste con el concepto de los padres/madres africanos de reciprocidad seriada, aquí podríamos hablar de "reciprocidad concurrente" como el énfasis estadounidense. Desde la temprana infancia el niño es visto como un individuo separado capaz de intercambio en una interacción cara a cara con otros, y los padres tratan de elicitar reacciones que puedan volverse interactivamente elaboradas en lo que Brazelton y otros (1975) llaman "diálogos de juego". El intercambio conversacional es el medio preferido para el

sostenimiento de la relación padre/madre-hijo. En la perspectiva a largo plazo de los padres/madres africanos, sus hijos permanentemente están ligados a ellos, y la nutrición y cuidados físicos que ellos les dan unilateralmente en la infancia les serán devueltos en reciprocidad, bajo la forma de apoyo filial (igualmente unilateral pero revertido) posteriormente en el curso de la relación padre/madre-hijo. En la perspectiva a largo plazo de los padres/madres estadounidenses, sus hijos serán independientes y estarán aparte de ellos; estos padres, por tanto, enfocan en la reciprocidad inmediata del intercambio conversacional como un símbolo del afecto positivo que los une ahora y podría continuar haciéndolo después del período en que los hijos han superado la dependencia física y económica. En ambos casos, la reciprocidad seriada de intercambio material para los africanos y la reciprocidad recurrente de diálogo afectivo para los estadounidenses, la relación padre/madre-hijo puede ser vista como un prototipo normativo para otras relaciones íntimas.

Para producir un adulto auto-confiado e independiente el amor no se considera suficiente; los estadounidenses gastan una enorme cantidad de dinero en sus hijos, proveyéndolos del espacio personal y las posesiones individuales que contribuyen a su separación y sentido del valor como individuos distintos. Se estima que tomó un promedio de \$25.578 dólares criar un hijo desde el nacimiento hasta la edad de 18 años en Nueva York, iniciando en 1958, y que tomó \$84.777 hacer lo mismo empezando en 1976 (*New York Times*, septiembre 20 de 1976). Estas figuras presumen un modesto nivel de vida; la inversión por hijo en las clases media y alta sería muchísimo más grande. Y ello no incluye los costos de mantener a las mujeres por fuera del mercado laboral para servir como madres de tiempo completo, o los costos de los arreglos para que alguien cuide los niños si la madre trabaja. Para nuestro actual propósito, las figuras deben ser vistas como un indicador de qué tan grande es la inversión que los padres/madres estadounidenses en general, incluyendo aquellos de medios modestos, hacen en el niño individual antes de que llegue a su madurez. De la infancia en adelante, el niño es animado para caracterizarse a sí mismo en términos de sus juguetes y comidas favoritos y de aquellos que no le gustan; sus gustos, sus aversiones y preferencias como consumidor son considerados no solamente como legítimos sino como aspectos esenciales de su individualidad en desarrollo - una valorada cualidad de la persona independiente.

Las estrategias parentales de investimento estadounidenses, conllevan, por tanto, una importante inversión de recursos materiales y humanos (incluyendo la atención materna) en un pequeño número de niños, con

las metas de: producir una persona independiente capaz de enfrentar adecuadamente un ambiente cambiante, mantener o mejorar en su propia vida la posición social de sus padres, y continuar en las posteriores relaciones padres/madres-hijos el afecto positivo de los tempranos diálogos. Existen significados inconscientes implicados que convierten la búsqueda y logro de estas metas algo satisfactorio para los padres/madres estadounidenses, pero esto no es el tema de la presente discusión, la cual está centrada en si las estrategias parentales tempranas funcionan a un nivel más superficial. Mi primera respuesta es que efectivamente funcionan magníficamente bien tanto en Africa como en Estados Unidos, dentro de límites establecidos por el ambiente. No es posible para los africanos resolver el problema de la mortalidad infantil con un buen maternaje, tampoco lo es para los estadounidenses asegurar que ninguno de sus hijos va a perder nivel socioeconómico, pero cada estrategia de investimento parental que ha evolucionado como un patrón cultural en una sociedad cambiante representa una fórmula de compromiso que provee una solución ya probada para cada problema que los padres encaran. Estas soluciones son al menos los suficientemente efectivas en sus medio como para justificar un examen de cerca, antes de que sean barridas del lugar por el consejo de los expertos.

Aunque no puedo porveer un ejemplo completo de tal examen cercano, lo ilustraré en el contexto de la comparación africano-estadinense. La primera pregunta que uno puede preguntar se refiere a la efectividad de los padres como psicólogos infantiles: ¿son ellos capaces de moldear el comportamiento social de sus niños en las direcciones que ellos desean? Un trozo de datos comparativos del Estudio de las Seis culturas arroja alguna luz sobre esta pregunta. En dicho estudio, Whiting y Whiting (1975, p. 64) distinguen doce categorías de actos y dan sus frecuencias en el comportamiento social observado naturalisticamente de niños de 3 a 10 año procedentes de seiscomunidades culturalmente diversas. Para los niños estadinenses observados, la categoría "busca atención" representa 14.6 % de sus (auto-iniciados) actos; para los niños africanos (de la comunidad "Nyamsongo" del pueblo Gusii de Kenya), la proporción de búsqueda de atención es tan sólo de 4.6 %, menos de un tercio de la anterior. Esto puede ser comprendido como algo que refleja resultados de los investimientos parentales divergentes descritas más arriba. Los Gussi buscan el niño dócil, dando un cuidado físico cercano, sin una gran cantidad de excitación interpersonal; omiten la alabanza y enfatizan la obediencia a medida que el niño se vuelve mayor. Los niños Gusii no se vuelven exhibicionistas, sino que tratan de evitar la atención "pública", particularmente la de sus mayores. Esto se da porque en el

sistema de mando delegado de la familia, la obediencia no atrae la atención, pero la desobediencia u otro comportamiento inadecuado sí lo hace. El niño aprende a sentirse más seguro cuando no es notado, por ello, la búsqueda de atención no es frecuente. Los otros ejemplos no occidentales, en el Estudio de Seis Culturas, todos tomados de comunidades agrícolas en los cuales se requieren y valoran los niños obedientes, muestran proporciones de búsqueda de atención en un rango de 3.3 % a 6.6%, mucho más cercanos a los Gusii que a los estadounidenses.

La relativamente alta proporción de búsqueda de atención de los niños estadounidenses también puede ser vista como modelada por su experiencia infantil - aislados una buena parte del tiempo y adulados con atención positiva el resto del tiempo, con alabanzas y conversación excitante como elementos básicos en su temprana vida social. La temprana experiencia de los niños estadounidenses los lleva a esperar atención que sea intrínsecamente una recompensa; de allí la peculiar tendencia que ellos tienen a comportarse mal para atraer la atención, incluso con el riesgo de ser castigados. Esta tendencia en sí misma, junto con el patrón más amplio de búsqueda de atención, muestra cómo los padres estadounidenses son exitosos en producir el tipo de niño auto-confiado que ellos quieren, al menos por comparación con una cultura de valores drásticamente diferentes, ya que buscar atención comporta riesgos, y los niños estadounidenses están poco inhibidos por esto.

Los patrones divergentes de desarrollo aquí indicados pueden ser analizados por sus costos y beneficios como productos del investimento parental. Los datos son impresionistas y los análisis especulativos, pero como ilustraciones pueden resultar instructivos. Del lado de los agricultores africanos, los beneficios son evidentes. Los aquiescentes hijos se vuelven niños obedientes que contribuyen con su trabajo agrícola; su apoyo a los padres/madres viejos ya no es tan seguro como solía ser, pero muchos hijos siguen creciendo con un sentimiento filial. Los costos son observables, en primer lugar con relación al cambio del entorno. Los niños dóciles, acostumbrados a una supervisión estrecha, son menos dados a tomar iniciativas y muestran una actitud menos activa al tratar de enfrentar las tareas introducidas por las escuelas occidentales; pero incluso este es un juicio de observadores occidentales y no necesariamente relevante para la adaptación del niño/a africano. Otro costo es vivido en el área del control social. A medida que decae la disciplina de la comunidad, impuesta por la supervisión mutua de la vida del poblado, resulta claro que los niños que estaban acostumbrados a una supervisión cercana y

de tipo censura, necesitan y quieren que ésta continúe a los largo de la vida: Cuando está ausente, sufren una anomia ansiosa y recurren a pleitos , alcoholismo y crimen. En otras palabras, no están preparados psicológicamente para llenar el vacío dejado por el decaimiento de la estructura social.

Al igual que para los padres/madres estadounidenses de clase media, los resultados de sus estrategias de investimento parental pueden ser también ser vistos como algo que ocasiona tanto costos como beneficios. Del lado de los beneficios, tal como yo interpreto la evidencia, queda poca duda de que el patrón parental descrito arriba produce niños con la competencia social adecuada para desempeñarse bien en la escuela. Comparados con sus contrapartes africanos y con niños de otras partes del mundo, los niños de clase media estadounidenses son relativamente poco inhibidos en la presencia de adultos y por tanto más libres para actuar con curiosidad, respuesta fácil a la interacción, y competitivos en el aula. Verbalmente son fluidos, acostumbrados a conversar con adultos, y predispuetos a buscar la atención y aprobación de los adultos a través de mostrar su logro auto suficiente. Su fuerte sentido de la separación los vuelve capaces de competir con otros niños sin temor de las consecuencias interpersonales. Habiendo sido animados desde temprano a disfrutar la resolución artificial de situaciones problema definidas a través de juguetes y juegos, muchos derivan placer del trabajo escolar y otras tareas utilitarias; para algunos, esto inicia el aprovechamiento de los empeños hedónicos para trabajar en un patrón que impulsa el aprendizaje y los desempeños ocupacionales posteriores. Este tipo de competencia social, que se da por sentada en la case media estadounidense a tal punto que solamente una perspética comparativa permite enfocarla mejor, coloca al niño en un camino académico hacia las ocupaciones de alto rango, y justifica pragmáticamente las inversiones parentales que estos hacen fundados en bases morales, emocionales e ideológicas. No obstante, el retorno sobre los padres de este enorme investimento puede ser medido objetivamente; la mayoría de los padres de clase media consideran como un beneficio incuestionable, resultado de la dedicación parental, no solamente las crecientes competencias sociales de sus hijos en el colegio y en otros lugares sino también sus crecientes capacidades para tener juicios y elecciones independientes.

Sin cuestionar los beneficios, es posible comenzar a establecer los costos. El niño que recibe una gran cantidad de atención positiva y excitante en un nivel de su desarrollo trae una gran expectativa de atención y excitación a los siguientes niveles. Si esta no llega, él la

buscará activamente, como en el ejemplo estadounidense del Estudio de las Seis Culturas ya mencionado; y si buscarlo en una forma tranquila no funciona, él lo exigirá o perturbará lo suficiente para lograrlo. En una familia con varios niños pequeños, las demandas de atención parental escalonan en la búsqueda simultánea de un recurso que se agota. Los padres/madres con frecuencia dan cuenta de una gran insatisfacción con esta fase de sus vidas. Conscientes de que han creado en sus hijos expectativas que ahora los agobian, no son capaces, o no quieren de negarles la satisfacción, y se encuentran a sí mismos dedicándoles a la parentalidad mucho más tiempo del que tenían previsto, mientras buscan alivio en la televisión, las actividades con amigos o cualquier otra cosa que pueda distraerlos de sus hijos preescolares. En cada etapa, desde el nacimiento hasta la pubertad, el niño de clase media estadounidense presenta a sus padres inmensas demandas de atención que virtualmente son desconocidas en Africa. Desde las largas semanas sin dormir de los padres/madres hasta que el bebé aprende a "dormir toda la noche" hasta los fatigantes fines de semana lluviosos y largos días festivos, los centros de actividad autónoma alimentados por los padres/madres estadounidenses chocan contra la vida familiar adulta a un grado que los africanos ni siquiera pueden imaginar.

El costo real aquí comprometido, parece, sin embargo, residir en la vulnerabilidad psicológica de los niños con altas expectativas de atención, estimulación e intercambio. Una vez que sus expectativas han sido elevadas en la temprana infancia, ¿qué ocurre si su entorno subsiguiente se queda corto o falla en proveer una organización apropiada a la edad para la energía y curiosidad que se ha suscitado? Muchos de los desórdenes psiquiátricos de la niñez, desde la hiperactividad hasta los desórdenes psiquiátricos y condiciones psicóticas, parecen tener su origen en una matriz de patrones discontinuados o inconsistentes de atención parental que presumen un niño cuyas expectativas para tal atención ya son altas. Está más allá del alcance de este artículo el hacer algo más que especular brevemente sobre la psicopatología infantil y sus causas. Pero a menudo me he preguntado si el bajo nivel de excitación interactiva al cual se habitúan los niños africanos no los protege de una gama de disturbios emocionales hallados entre los niños estadounidenses de clase media, cuya exposición a una atención más concentrada de un menor número de personas puede conducir a un más alto nivel de riesgo. En otras palabras, podría ser que el perseguir los valores estadounidenses, tales como separación y autoconfianza, en la crianza del pqueñito y del niño, aunque da por resultado, en la siguiente generación, una competencia social altamente valorada, también trae consigo

vulnerabilidades a problemas emocionales que los profesionales de la salud mental luego son llamados a tratar. Esto no es más que una hipótesis, pero es una que merece seria investigación antes de que defendamos la expansión de los estilos de crianza estadounidenses a otros grupos en la nuestra y en otras sociedades.

## **RESUMEN Y RECOMENDACION DE POLITICAS**

En este capítulo he examinado el problema de si los patrones culturales de parentalidad tienen sentido en términos adaptativos, si las fórmulas establecidas por la costumbre para el comportamiento parental envuelven tal "visión folclórica" que debe ser preservada, o tales conceptos falaces que deben ser cambiadas. Para considerar el problema comparativamente yo delineé las metas que todos los padres del mundo comparten en términos de proteger a los jóvenes de las amenazas a la supervivencia y maximizar su ajuste económico y social. Los entornos naturales e institucionales de las sociedades humanas son tan diversos que estas metas deben ser realizadas de manera diferente en diferentes lugares, con criterios concomitantemente variables de efectividad parental. No hay un metro único para medir a todos los padres del mundo, pero sus respuestas adaptativas pueden ser comparativamente conceptualizadas como estrategias parentales de investimento, en las cuales los recursos son colocados en los inmaduros descendientes, de tal manera que realicen ciertas metas formuladas culturalmente que representan compromisos entre lo que los padres quieren *para* sus hijos y lo que quieren *de* ellos. Para ilustrar las consideraciones que pertenecen a futuros análisis comparativos de las estrategias de investimento parental, se intentó una cruda comparación agricultores tropicales de Africa con estadounidenses de clase media. Se vió cómo los padres de ambos grupos perseguían estrategias que funcionan (al menos *funcionaban*) en el sentido de realizar valores y beneficios que los padres quieren, pero a unos costos de los cuales quizá ellos no son conscientes.

No hay nada en esta comparación de ensayo que anime a aquellos que quieren proveer una guía "experta" a los padres estadounidenses. Entre más de cerca uno examina el tema cálculo de comportamiento parental en una cultura dada, mayor el respeto que se tiene hacia sus elementos de "sabiduría folclórica", no importa qué tan pasado de moda se haya vuelto o que tanto se disimulen sus fallas. Los padres en todas partes del mundo necesitan (a) información sobre los entornos que sus hijos tendrán que enfrentar, (b) contacto y comunicación con otros padres viejos y jóvenes, y (c) confianza al organizar un entrono apropiado para sus hijos. Las políticas que ayuden a los padres

estadineses, quienes sufren particularmente de aislamiento social, en estos términos están a tiempo y son bienvenidas. Los programas para una educación didáctica de los padres deberán ser vistos con suspicacia si (a) fallan en establecer los posibles costos emocionales de las prácticas de crianza diseñadas para promover el desarrollo cognitivo y el buen rendimiento escolar, (b) hacen sentir a los padres excesivamente responsables de los éxitos y fracasos de sus hijos, añadiendo esto a una inmanejable carga de culpa, y (c) tienden a insensibilizar respecto a las implicaciones culturales de expandir las costumbres de crianza del niño de clase media estadinense a otros grupos.